

EXPOSICION DE 1839.



Cuadro de la Santa Forma

EN LA SACRISTIA DEL ESCORIAL.

Obra original de Claudio Coello, copiado al óleo por D. Cayetano Palmaroli.

Grabado en madera por Castilla.

Segunda serie.—Tomo I.

15 de diciembre de 1839.

BELLAS ARTES.

EXPOSICION DE PINTURAS DE 1839.

Por causas independientes de nuestra voluntad se ha dejado transcurrir la ocasion de dar cuenta á nuestros lectores de la última exposicion de la academia de S. Fernando. Nuestro propósito era presentar en las columnas del *Semanario* un análisis razonado de las obras expuestas, escrito con aquella imparcialidad y buena fé que siempre han distinguido á nuestra publicacion. Para ello habiamos contado (por no creer suficiente nuestro escaso conocimiento de esta delicada materia) con el auxilio de amigos y colaboradores artistas, que pudiendo entrar de lleno en la cuestion, dijesen en ella alguna cosa mas que los varios artículos de aficionados insertos en los periódicos; pero desgraciadamente la estremada modestia de las personas con quienes habiamos contado, les hizo rehusarse á nuestro deseo; quizás tambien contribuyera á ello la dura necesidad de haber de ejercer una critica templada respecto de algunas de las obras analizadas. Esta, desgraciadamente, no está desenvuelta ni tolerada en nuestro país, donde no basta elogiar racionalmente; es preciso elogiar siempre y con exageracion. Mucho, mucho de esto pudiera justamente hacerse respecto de varios de nuestros célebres artistas, los cuales en la última exposicion han añadido nuevas flores á la corona con que ciñen sus sienes; pero los Señores Lopez, Madrazo, padre é hijo, Tejeo, Ribera, Villaamil, Carderera, Gutierrez y otros varios, han recibido ya en nuestro *Semanario* en las anteriores exposiciones aquellos parabienes que merece su indisputable mérito, y habriamos necesariamente de repetirlos en esta ocasion; otros varios jóvenes que han des-puntado en esta exposicion última nos darán en las sucesivas mil motivos de elogio, y para alguno no podremos hacerle mas cumplido que el de pasar en silencio sus modestos ensayos. De todos modos, por la razon ya dicha y por ser pasado el tiempo oportuno de aquel análisis, dejamos de hacerlo por este año, y únicamente habremos de contentarnos con lo que ha estado en nuestra mano, y es ofrecer á nuestros suscriptores algunos grabados de varios de los cuadros que para ello habiamos escogido, y encargado grabar á nuestros apreciables artistas con todo el esmero que alcanza este arte entre nosotros.

Los que acompañan al número de hoy son: El cuadro conocido por la *Santa Forma*, en la sacristia del Escorial (1), obra original del insigne Claudio Coello,

(1) El asunto de este lienzo es la procesion que se hizo al tiempo de colocar aquí la espresada santa forma. El campo y perspectiva es la misma sacristia y parte del templo, pues su artífice Claudio Coello fingió mirar al altar hacia la parte opuesta de donde está para poder representar todo lo que aquí se espresa. A la izquierda de que mira se ve el dicho altar con todo su adorno y sobre la peana el prior celebrante que entonces era, acompañado de los diáconos y demas ministros revestidos todos con sus ricos ornamentos. Aquel tiene en las manos la custodia con la santa forma, vuelta hacia el otro lado donde está el Sr. D. Carlos II arrodillado delante de un sitial y detras el séquito de grandes y señores todos con velas encendidas. En el pavimento se ven los monges en líneas procesionales, los colegiales seminaristas con sus roquetes y ciriales de plata, el órgano de este metal, y los músicos cantando y tocando varios instrumentos al compás del maestro de capilla. A lo lejos se miran algunos personajes atentos á este acto, y en el primer término otros de espalda y medio perfil. Todos los que se espresan en este cuadro son retratos de los que asistieron á la dicha procesion. Hermosean tambien la composicion unas figuras en lo alto que se representan virtudes, y unos ángeles que levantan una cortina de color carmesí y tienen esta letra: *Regalis mensa prebebit delicias regibus.*

cuya esmerada copia ejecutada al oleo con toda diligencia por el apreciable artista D. Cayetano Palmaroli, ha merecido sinceros aplausos en la última exposicion. Una *escena de figon* en el género de Teniers, lindísima obra original del Sr. D. Vicente Camaron. En el número próximo irá el grabado del bello cuadro de costumbres debido al pincel maestro del Sr. D. Rafael Tejeo, que representa, *Un bandolero contemplando la cabeza de uno de sus compañeros* colocada en un camino; que ha sido con razon, una de las obras que mas han llamado la atencion de los inteligentes y del público en general. Tal vez mas adelante ofreceremos al público algun otro grabado, entre ellos el del magnífico cuadro del joven y distinguido artista D. Carlos Ribera, que representa á *D. Rodrigo Calderon marchando al suplicio*, y en cuanto á la otra obra maestra del Sr. D. Federico Madrazo que tiene por objeto. *La aparicion de dos ángeles á Godofredo de Bullon*, recordamos á nuestros lectores que fue ya descrita en el número 20 de este año del *Semanario*, y acompañada de un grabado que nos remitieron de Paris.

COSTUMRES.

LA COMPRA DEL PAVO.

Se acercan las navidades; esto ya lo sabian VV. Se acostumbra por aquel tiempo celebrar el nacimiento del niño Dios con el inocente y sabroso sacrificio de un buen pavo. Tampoco esta noticia tiene mucha novedad: pero sin duda lo será para mis lectores, que yo, que soy casi fanático por conservar las costumbres de nuestros padres siempre que pueden ser provechosas para sus hijos, habia determinado regalarme con la blanca pechuga de uno de estos animales. Para evitar confusion advierto que no hablo de VV. ni de mí, ni de nuestros padres, sino de los pavos. Para poderle comer mas gordo y á menos costa habia determinado comprarle con alguna anticipacion, y darle en mi propia casa el suficiente alimento para llegarle á poner como un canaigo, aunque sea mala comparacion. Consecuente á mi propósito me coloqué de atalaya en el único balcon de mi pobre morada, hasta que oí por la calle inmediata el agudo chillido de un pavo y el *pau... pau...* de sus fieles vasallos, que á muy poco llenaron el estrecho espacio de la mia dirigiéndose via recta á la esquina opuesta. Al llegar delante de mí, llamé la atencion del aldeano con la voz consabida de *Pavos... aquí... pavos...* Y digo consabida para los madrileños, pues fuera de esta Corte será de pocos conocida la costumbre de llamar á los vendedores por el nombre del género que venden. Así que al naranjero se le llama *naranjas*, al melonero *melones*, al castaño *castañas*, etc. etc. A mi voz contestó el lugareño con la voz de alto que dió á su gavilla poniéndose delante de ella con la vara estendida en actitud de manejarla contra el primer aligero que adelantara un paso. Ellos que así tenían gana de darlo como de dejarlo de dar, obedecieron á la brusca insinuacion casi sin pensar en ello; tal es la estúpida condicion de los esclavos. El de la vara alzando los ojos á mí: «elija V. un carnero» me dijo con cierto énfasis, y volvi6 los ojos á su ganado para hacerme comprender mejor la metáfora. Si yo hubiera tomado al pie de la letra su invitacion, hubiera tenido que elegir al mismo retórico, vestido como iba de zamarra y de zajones que le hacian entre todos aquellos vivientes el mas semejante al lanudo animal, contando siempre con que su mujer me responderia de alguna otra semejanza; pero como no

gusto de chufletas con la gente honrada, le rogué que esperase mientras bajaba á verificar la eleccion.

Hallándome ya en la calle y movido de mi propio interés para el acierto, me encontré como suelen encontrarse en España los hombres de bien cuando van á elegir otras cosas que no son pavos, porque tal era la traza de los que allí habia, que no pude menos de aplicarles el comun proverbio: *entre ruin ganando poco hay que escoger*. Descontento iba á retirarme, cuando antes de decidirme vi salir por el portal á una de mis vecinas, habitadora del cuarto bajo de la derecha, mujer de pocos años y muchísima vergüenza, segun le oí decir á ella misma arañándose en medio de una plaza con otra doncella, y de tan rara condicion que puesta á los vidrios de su reja, no hay transeunte por desdichado que sea que no lleve á lo menos una sonrisa en memoria de su amabilidad, y con la gente de casa tan desabrida y tan osca que todas las vecinas de sus corredores que son muchas, y muy pobladas, llevan en la casa señales eternas de su indispensible habilidad en el aruño y manoteo. Salí como digo la profesora, y *sin usar de mas atenta frase*, empezó á levantar uno por uno de las alas á todos los individuos de la famélica cohorte para informarse hasta la evidencia de su peso y gravedad. Mientras verificó esta operacion con la primera decena, permaneció silencioso el de los zajones admirado de su destreza y gracia, y mas que todo atento á aprovechar las gratuitas ocasiones con que le entretenia la muchacha descubriendo la bien calzada pantorrilla cada vez que se bajaba á coger un animalito: mas despues que el uso continuado de aquel placer hizo su objeto menos apetecible, advirtió sin duda los gestos y maneras con que acompañaba la escrutadora la violenta manumision de cada uno, y temiendo no sin fundamento su disgusto, se arrimó con timidez, y procuraba á su modo encarecer la mercancía, mezclando en sus rústicos elogios indistintamente la gordura supuesta de los pavos con el garbo y donaire de la compradora. Ella á todos les ponía mil tachas, ó por mejor decir, las traian ya puestas los animalitos, y á cada requiebro contestaba con una bufonada, maltratando al propio tiempo con pies y con manos á la infeliz alimaña que se ponía al alcance de su desenvuelta ligereza. Despues que no le quedó pechuga por tocar hizo ademán de marcharse, preguntando como por mofa cual era el precio medio de los pajarraeos. Hasta entonces no llegué á penetrar los designios del de la zamarra, que buscando siempre el lado de la interrogante, y mostrando cierto empacho por mi presencia, me dió á conocer que debía retirarme del umbral de la puerta junto al que me hallaba cuando se arrimó tambien á él mi vecina. Yo como quien pensaba verificar la compra di cuatro paseos por entre la turba escañada, mientras ellos en secreto se ajustaron. El resultado fue tomar la descontentadiza un ave de mano de su dueño, y decirle que volviera despues por el dinero, preguntándome á mi sino me animaba á tomar otro si quiera por darle compañero al suyo que pensaba encerrar en el patio hasta cebarlo. Condescendí, no tanto por su indicacion, como por resarcir con los reales que pagué al contado la pérdida que en mi juicio (tal vez sea temerario) iba á sufrir en aquel lance el generoso campesino. Este recogiendo su gente y ocupando la retaguardia desapareció de la calle, no sin volver la cabeza un par de veces antes que la esquina.

Quedámonos cada cual con su pavo entre las manos, diciéndome la del cuarto bajo que no hubiera dado tanto por los dos como yo habia dado por el mio, señal cierta de que pensaba dar menos: y guiando hácia el patio, hablaba de la compra, y prodigaba mil graciosos motes al

pavero cada vez que le nombraba en su recordacion. En el fondo del portal hay una puerta habitualmente cerrada, que es la del patio, y cuya llave conserva mi vecina como por privilegio esclusivo del inquilinato de su habitacion, á pesar de haber á la entrada un pozo de buenas aguas que frecuentemente son de uso comun entre todos los inquilinos. Dicho privilegio fue otorgado á la interesada con perjuicio de los otros, en virtud de una declaracion solemne de mi casero, y previos ciertos pactos que aun conservan el carácter de secretos, aunque son harto murmurados por el resto de la vecindad. Como quiera que sea, la tenedora de la llave franqueó la entrada que necesitábamos, y me ofreció un lugar para mi avechuelo que allí podria estar seguro con su compañero, hasta que yo dispusiese cosa en contrario. Acepté la oferta, y soltando ambos la carga, que por cierto no nos abrumaba, comenzaron los dos vichos á pasear en distinta direccion su alojamiento, levantando y bajando las patas alternativamente con la misma pausa y gravedad con que en un baile de etiqueta ejecutaban el *minué de la corte* nuestros abuelos. Despues de haber medido el espacio los prisioneros dieron muestras nada equivocadas de tener hambre y acordándome de que no habia comprado á prevención cosa con que mantenerlos, pues desde entonces contaba con que la racion del mio supliria para el hambre de los dos, quise remediar por de pronto aquella falta con los desperdicios de la verdura de aquel dia. Llamé á voces á mi ama, (que asi se llaman con razon las criadas de los hombres solteros) la cual asomando sesenta y ocho navidades por una ventana, contestó y despues de haber entendido lo que queria, bajó á la media hora con el delantal lleno de hojas de berza y cáscaras de patatas. Saludó friamente á mi vecina, que aun mas fria, á lo menos en aquella ocasion, no se dignó contestarla, y mirando desques á los hambrientos, rompió contra mí en las mas ásperas reprensiones por que habia tirado el dinero á la calle pagando carísimo un envoltorio de huesos y plumas que no tenia de carne dos adarmes. Es de advertir que aun no sabia lo que me habia costado, y no lo es menos que la protegida de mi casero, habiendo sido de la misma opinion cuando nos separamos del pavero, entonces impugnaba con agrias razones la destemplada improvisacion de la fregona: efecto sin duda de la eterna ojeriza con que se miran las mujeres principalmente cuando se hallan divididas por medio siglo. Yo no tomé parte en la disputa, que no fue tan larga como hubiera deseado la regañona, á no tener seguro el éxito de la contienda, y deduciendo de aquellos datos que habia sido muy conveniente la aproximacion de las provisiones, pasé á repartirlas á los dos necesitados que con muchísima armonia y muchísimo mas apetito dieron fin de ellas en pocos instantes. Consumida la parvedad, me despedí cortesmente de la huésped de mi pavo, quien de nuevo me dió mil seguridades de que allí se conservaria sin peligro, porque en el patio no habia de entrar alma viviente sino uno de los dos cuando fuese necesario asistir á los encarcelados; advirtiéndome acaso con esto que no dejara hacer este servicio á mi desdentada, ó teniéndola sino por alma del purgatorio.

En efecto al siguiente dia pude convencerme de que esta última opinion habia prevalecido en ella, porque bajando acompañado de la susodicha, nos dió entrada á los dos en el patio cargado yo con una gran cazuela de salvado, y la vieja con los restos de la verdura. Pusimos ambas cosas en el suelo, y al acercarse los pavos al banquete noté que estaban adornados cada uno de un trapito de distinto color que los inteligentes llaman calza, por cuya seña pudieran distinguirse en caso de que alguno de ellos

llegase á aumentar el volumen perfectamente igual que entonces presentaban. Celebré la providencia, y pregunté á mi vecina cual era el de mi propiedad pues desde el día anterior habia olvidado su figura. Encontróse embargada para responder, cosa que no le acontece á menudo, por la falsa semejanza, y convencidos tanto ella como yo de que los futuros sucesos únicamente destruirian aquella igualdad, convino en que me perteneciera el de la calza encarnada. Hecho este pacto me retiré seguido del espectro que me dió por perjudicado en la eleccion. A esto, como á otras muchas cosas que se le ocurren, no le contesté una sola palabra, persuadido de que lo mismo hubiera diho si yo hubiera obrado de la manera contraria. En lo sucesivo la asistencia de los cebones corrió por cuenta del ama, quien á poco tiempo me participó una noticia, que segun confesion espontánea de su antiquísima persona, le causaba grande alborozo y regocijo. Era el caso que nuestro pavo, (asi le llamaba ella) estaba muy aprovechado, al paso que el de la bribona, (esto tambien lo decia ella) no engrosaba una onza, y parecia acometido de alguna enfermedad, pues que se olvidaba de comer y no se apartaba de un rincon en que hacia adormecido la vida mas pava del mundo. Escuché la nueva con indiferencia, y esta indiferencia tan extraña para aquel benigno corazon cuando se trataba del mal del prójimo, fue causa de que vomitara contra la dueña del pavo las mas terribles injurias, acabando por decidir que tampoco á mí me resfriaba el aire del zagalejo de la mozueta. Causóme enfado no tanto la ofensa que pudiera no serlo, considerada nuestra natural fragilidad, como lo sumario del juicio y la incompetencia de la autoridad deliberante. ¡Quién sabe si en aquel momento espiaba yo la culpa de haber juzgado con ligereza del pavor! Sin embargo arrugando el gesto todo lo que pude la despedí de mi presencia, diciéndole: quítete de delante la *muy vieja*, nombre horrible que aun á ellas mismas las espanta, palabra mágica con que logro alguna vez poner termino á su loquacidad y demasias, tan lejos estaba yo de pensar como ella creia que la inapetencia del enfermo era una ubida de bolsa para mi pobreza y un extraordinario para mi víctima futura.

Por gozar de estas ilusiones bajé al siguiente día á observar por mí mismo aquellas novedades: pero ¡cuál fué mi sorpresa! salió á recibirme con alegre continente el de la cabeza verde, gordo en cuanto lo permitia la corta duracion de su buen trato, y dispuesto á comerme vivo sino le hubiera proporcionado otro alimento. El de la calza encarnada triste y meditabundo se hallaba en un rincon ni mas ni menos que como me habia pintado la desvergonzada al que entonces se me presentaba tan distinto. Lleguéme al pavo filósofo con deseo de averiguar la causa de su estado, y despues de preguntarle por la salud con un par de puntapiés procuré hacerle reparar en la cazuela del salvado; pero él cual otro Archimedes despreciando mi furia perseveraba absorto en sus meditaciones. Por si el temor á su camarada le retraia, cogí la misma cazuela y se la puse junto al pico. Ni por esas. Sino es que este animalito, decia yo desesperado, ha sido educado por algun médico Brusista; come, bruto, y antes te vea reventar de gordo que dejar lo que te dieren. La misma mella hacia en él esta exhortacion que en amantes y jugadores los desengaños y las pérdidas; y yo no podia concebir como de un día para otro habia podido sufrir un cambio tan considerable. Tomóse el trabajo de descifrarle el enigma una coetánea de mi cocinera que asomada á la reja de su habitacion me indicó con muchas señas que me acercase, y luego que lo hube hecho, me habló de esta manera: «cuidados agenos, se-

ñor mio, matan al asno; deje V. que ese animalito coma ó no coma. A V. nada le va ni le viene, porque el pavo que V. ha comprado no es ese sino el otro que tan buena traza presenta. Pero ¿cómo puede ser eso, repliqué yo, si le tengo marcado desde el primer día? puede ser muy bien, contestó la chismosa, si V. lo ha puesto en manos de gente *non sancta*, que asi como le han visto medrar tanto como parece que encoge el compaño, le han mudado el grillete para soplarle á V. la maula y quedarse con lo mejor» Penetrado el misterio por tan oportuno aviso pensé en remediar el mal, y para no perder tiempo, arrebaté de las alas á mi pavo, y temeroso de las uñas de la condueña subí la escalera turbado y presuroso como si se le llevase robado. Algo me valió mi presteza, porque no bien acababa yo de atarlo de una pata á la barandilla de un corredor que hay que pasar para llegar á mi puerta, cuando ví al enemigo en el campo preguntando desde abajo como si no lo estuviera viendo, si me habia yo llevado su pavo, cuya falta notaba. Dijela que no, y señalé con el dedo al que quedaba en el rincon. Ella afectando inocencia se llegó al pájaro eremita y le hizo á viva fuerza dar cuaro cabriólas en el aire para mirarle las patas, y dirigiéndose á mí, señor vecino, me dijo, V, se ha equivocado; el que usted me ha dejado es el suyo, y en prneba de ello vea V. la calza encarnada que yo misma le puse. En cuanto á que ella misma lo habia puesto tenia razon, pero no en lo demas, y por eso le dije: el hábito no hace el monge, quiero decir, que á pesar del trueque de las calcetas con que ha querido disfrazarse este vicho desleal, su obesidad le ha descubierto, y no seré yo el que le deje ya de la mano hasta que pague su merecido. No hablé mas, y por evitar contestaciones que no hubieran sido ni muy cortas ni muy decentes, me encerré en mi casa dejando por la parte de afuera, pero atada y siempre á la vista, el ave de la discordia.

Ocupando yo el piso principal sucede por necesidad que cuantos tienen que subir á los superiores pasan por el corredor en cuyo estaba el de las calzas verdes; y como en ninguna parte, gracias á Dios, falta un enjambre de chiquillos que todo lo eche á perder, de continuo tenia por centinelas de vista dos ó tres de los que subian ó bajaban sin dejar nunca de pararse un ratito á contemplarle: ellos le silbaban, y él arrastrando las alas contestaba con descompasadísima voz; volvían á silbar, y él tomando por aplausos los silbidos, volvía á graznar estrepitosamente. No creo en la trasmigracion de las almas, pero á haber seguido la escuela de Pitágoras, hubiera afirmado que mi pavo en otra vida mas feliz habia sido cómico de la legua. Por evitar tan desagradable algarravia, le introduje en casa, y le di por alojamiento el hueco de una mesa grande que hay en la cocina para los usos comunes. Allí dejó de cantar, y servía de vocativo continuo á los interminables monólogos de la guisandera. Que dé cosas no escuchó el infeliz en el tiempo que estuvo de marmítón. Allí le oyó referir cien veces la escandalosa historia que yo no quise acabar de saber cuando tube que arrastrar el cuajo de la vieja. Quedó asi mismo enterado de todas las dolencias crónicas y accidentales de aquel cuerpo cadaver, y hubieran sabido mucho mas por medio de la forzosa auscultacion, si un caso fortuito no le hubiera relevado del cargo de oidor perpetuo.

Tengo yo un amigo, y este amigo tiene un perro, y este perro tiene sus mañas, y estas mañas tienen la contra de que ninguna es buena; como, por ejemplo, no levantar la caza en el campo y en poblado no perdonar á vicho viviente. Pues Sr., cierto negocio trajo á mi amigo á casa, y el amigo al perro, y el perro las mañas y las ma-

ñas trageron que aprovechando un descuido entró en la cocina y el cómo se ignora, pero lo cierto es que el pavo acabó la vida entre sus manos, y con ella la esperanza que yo tenía de comerle mas gordo, teniendo que contentarme con el tal cual se hallaba el día de la fecha.

Si la historia es maestra de la vida, de esta historia puedo sacar una lección, á saber; que mientras la suerte me tuviere en Madrid y el apetito me inclinara á

pavo asado, me debo dejar de especulaciones que salen muy caras, y comerlo por lo que me quisieren llevar en la pastelería Suiza; sin tener que pagar debilidades de pavoros, sin tener que oír el silbido de los muchachos; sin tener que indisponerme con la vecindad, ni escuchar los monólogos de la vieja que á todos os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amen.

EXPOSICION DE 1839.



Una merienda.

Cuadro original de D. Vicente Camarón.

Grabado en madera por Batanero.

DESCUBRIMIENTOS DE BAENA.

ARTÍCULO 3.º Y ÚLTIMO.

La ciencia de los monumentos acompañada del grave interés que ellos alcanzan á darle, y eulganada de sus mas preciosos atavios, sus recuerdos y pasadas glorias nos entretuvo sabrosa y dulcemente en una relacion, que á ser espresada con menos desaliño y manejada por mas hábiles plumas que la nuestra, habria producido en los lectores aquellas agradables sensaciones de entusiasmo, y aquel delirio que segun opinion de un moderno imprime en los ánimos el estudio de la antigüedad. Preciso es confesarlo; ninguna otra buscarémos mas florida, ninguna mas nueva y variada, ninguna mas digna de auxiliar á todas las ciencias que distraen al hombre, que la en que se nos ofrece el hombre mismo; el hombre en los esfuerzos de su valor guerrero, en las obras levantadas por su brazo bajo la influencia de las artes nobles; el hombre en los deberes religiosos, los cultos y la divinidad que adora, el hombre, en fin, en el polvo frio de su existencia que supo librar de la carcoma de los siglos, para que otros siglos le admirasen despues de morir.

Ha pasado tambien en nosotros el encanto de estas imágenes, dejando en su carrera la huella de verdades importantes, circunstancias y sucesos, cuyo interés reclama otra atencion mas prolija al ilustrarlos. Hemos leído y descifrado las inscripciones, dando á conocer al público las antiguallas descubiertas en las *Virgenes*; réstanos ahora clasificar su especie, y discurrir sobre la época de su erección, y emitir aquel juicio que se crea mas adaptable al objeto del asunto. Para tratarle con la dignidad y acierto que de suyo requiere, y metodizar en cuanto permitan los diversos puntos que abraza, no hallamos otra via mas conducente que el explicar en tres principios toda la doctrina, demostrando: 1.º La antigüedad de las inscripciones de la familia Pompeya. 2.º La identidad de estos personajes con los que equivocadamente se supone. 3.º El uso de los objetos hallados, el conocimiento que dan para la historia, y ventajas que ofrecen á la literatura del país.

Los epitafios del panteon de las *Virgenes* pueden explicarse y contraerse á una época, examinando su ortografía, su estilo, su concepto, los dictados de las personas y títulos que llevaron. Hemos dicho y repetimos ahora que el carácter de letra de estas inscripciones no es igual en todas, ni menos tiene la hermosura y perfección que notamos en las del siglo de Augusto, ninguna debe reducirse á aquel tiempo, y mucho menos anticiparla á los florecientes de la república, vista su poca elegancia. En vida de Ciceron y aun antes de la perfección de la lengua latina, Lucilio, docto gramático, habia adoptado é introducido en monumentos públicos el uso de los diptongos y vocales dobles tales como CAPTIVEI, DEIDO, CIVEIS, y otras que marcan por regla general los buenos tiempos del idioma del Lacio. En las provincias romanas se vió tambien, y la España nos presenta singulares ejemplos. Consolidado el Imperio de Roma duró el buen gusto en los mármoles hasta el reinado de

los Antoninos, en que introduciéndose la corrupcion y mezclándose la lengua con inflexiones y terminaciones bárbaras de otros países, vino á decaer de su brillo y pureza en el de Claudio el gótico y Domiciiano, y perder su belleza y armonía en el de los treinta tiranos y Constantino. Si examinamos despacio el gusto, forma y estilo de las inscripciones arriba dichas, no es muy difícil calcular la fecha de su construcción: la de *Eneo Pompeyo* (número 11) *Marco Pompeyo* Ictsnis y *Fabia Aninna* (números 1.º y 2.º) no pueden colocarse mas arriba de Septimio Severo, si bien la circunstancia de contener la Tribu, cuyo uso en España data en los doce Césares, siendo raros los ejemplos posteriores, nos obliga á poner en duda nuestro juicio, entre aquellos reinados y el de Vespasiano (1). Muchas inscripciones de todas clases se erigieron entonces en la España romana, y principalmente en la Bética, como vivo testimonio de su gratitud al fuero latino otorgado á sus ciudades. Los artífices habian perdido ya aquel primor y buena colocacion en los caracteres que tanto señalaron el imperio de Augusto: imitando sin embargo algunos de ellos sus obras, y mezclando el degradado gusto de su escuela con la libertad y nobleza de las de los buenos tiempos, dieron por resultado varias inscripciones correctas, pero que siempre se resentian del atraso de sus autores. A esta especie corresponden las tres citadas, y en cuanto á las ocho restantes, no alcanzan ni pueden alcanzar el reinado de los Antoninos, y mas bien se acercan al de sus sucesores. La ortografía poco usada en lápidas del epitafio número 9 es una comprobacion de esta verdad. Respecto á la I prolongada, no entraremos en el fondo de la cuestion suscitada por varios arqueólogos, sobre su verdadero significado; unos establecen que en ello espresaron los antiguos la vocal doble; otros la cantidad de las palabras, como pensó Gori, otros la importancia y uso mas frecuente de la voz, la cadencia de los nombres gentilicios, y otras innumerables reglas desmentidas por la experiencia diaria, segun nos enseña el doctísimo Walchi en sus *mármoles Strozianos*. Lo que observamos en los que tenemos á la vista es que el genitivo de la palabra POMPEIVS, debiendo terminar en dos vocales, termina en una sola, y siguiendo este rumbo debió traducirse mas propiamente GRACCHIO, que *Gracho* como supuso el P. Ortiz. No desvirtua nuestra reflexion la I de SABINI; porque es muy dudoso si fue *Sabinus* ó *Sabinus* el nombre gentilicio del hijo de Quinto Pompeyo. Es una observacion de Maffei Reinesio y otros que los individuos de algunas familias romanas por circunstancias peculiares que en ellas ocurrieron, mudaron sus prenombrados en nombres gentilicios, haciendo declinar en *ius* la terminacion usual en *us*.

No es necesario detenernos mucho en comprobar la poca pureza y elegancia del estilo de las urnas Pompeyas. Aquellas dicciones. *Primus* de familia etc. son un tanto disonantes, no porque sean impropias ni bárbaras, sino porque los modelos que hoy nos han quedado de aquel siglo rara vez contienen unos giros semejantes. Ya hemos hablado de las Tribus: la tribu Galeria como todas las romanas fue un timbre propio de ciudadanos con derecho y voto en los comicios; pero disueltas estas asambleas por la tiranía de Tiberio, cayó en desprecio y desuso, llevándolo con el tiempo hasta los esclavos y libertos. Durante la república fue título de honor y aun bajo los

(1) Véase el artículo segundo. La inscripcion de Eneo Pompeyo Africano (número 11) está cincelada sobre otra mas antigua, quizá contemporánea de Augusto, atendida la forma de las letras, de que solo se conoce al final esta palabra. CER-PALIS.

primeros Césares. Siendo las urnas citadas del último de ellos según su estilo y caracteres, claro es que la opinión del P. Ortiz y de otros que hicieron de esta especie un mérito relevante, no puede servir de base á las conjeturas de identidad de las personas.

Otra observación nos queda para atestiguar la fecha de las inscripciones. La del número 2.º que hemos traducido, *Fabia Aninna, hija de Marco, esposa de Marco Pompeyo, hijo de Quinto*, por no hallar versión más acomodada, y notar entre ambas urnas la más absoluta igualdad de caracteres de estilo y construcción, viene en apoyo de lo establecido. Siempre usaron las mujeres casadas de Roma los nombres de sus maridos no tanto por amor cuanto para cumplir la ley de las cosas, *mancipatio* ó *municipacion* que en virtud del contrato conyugal sujetaba aquellas á estos, y entraban en sus bienes. Pero donde más se generalizó una costumbre autorizada como derecho, fué en Roma imperial, adoptándola los Césares y consignándola en medallas é inscripciones; así vemos en las de Emperatrices *Domitia Augusta Imperatoris Domitiani*—*Sabina Aug. Adriani Augusti* y otras, que contribuyeron poderosamente á esta misma publicidad en la Península y sobre todo en la Bética, según aparece del mármol y urna número 2.º en Fabia Aninna.

Muy controvertida es, desde el hallazgo del panteón de las Vírgenes, la identidad de las personas sepultadas en él, y más de un erudito ha transportado en su imaginación desde las costas del Egipto y las riberas del Tiber hasta el municipio de Castro Prisco las cenizas del gran Pompeyo y de los Gracos. Si el P. Ortiz y sus prosélitos, defensores de esta opinión aventurada, tuvieron fundamentos y causa para emitirla ¿por qué no nos han dado á conocer sus pruebas? Que, ¿hasta solo un nombre genérico, frecuente y muy sabido en la España romana, establecido en varios de sus pueblos y regiones, para fallar en la disputa? ¿Era creíble que el gran Pompeyo y sus dos hijos, los Gracos Tiberio y Cayo, los Fabios y los Junios de Roma, todos ilustres, llenos de hazañas gloriosas, colmados de títulos y de honores, de dictaduras, consulados, preturas, tribunados y magistraturas de ambas órdenes, renunciaban para siempre á sus títulos; borrasen de la memoria de la posteridad tantos hechos; y oscurecidos, sin nombre los unos, sin dictados los otros, sin familia y sin patria, viniesen, como á esconder su ignominia en un rincón de la Bética? ¿Tan injusto fué su siglo, el teatro de su heroísmo (que tal pudo llamarse este país respecto de algunos) que ni una lápida honoraria, ni un monumento público, ni un sepulcro digno de su renombre, levantó á la memoria de estos varones que hoy se quieren colocar en el *suggrundarium* de Castro Prisco? Reflexionen sobre la realidad de los hechos, sobre la convicción misma que presta un raciocinio derivado de la historia contemporánea, y entonces abandonarán por fuerza un terreno harto inseguro para fundar la opinión de los críticos y de los anticuarios: esta conducta vaga, este presuntuoso delirio en abultar glorias sin cuento para el país ha arrancado más de una vez páginas ilustres de sus anales que un día sirvieran á la posteridad de verdadero barómetro, á sus costumbres, civilización y progresos.

(Se concluirá).

MANUEL DE LA CORTE Y RUANO.

POESIA.

IMPRESIONES DE LA NOCHE.

Hay pensamientos que en la mente viven
en un rincón de la memoria echados,
cual los insectos que su ser reciben
de los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquellos
al soplo de una brisa se levantan,
crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos
formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fè contrarias,
vagas visiones de la noche umbría,
bullir las vemos en la niebla fría,
nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria
silenciosa mansion, gracias postizas,
y que reciben faz, cuerpo é historia
en los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
y con murmullos infinitos sueñan,
en las alas del viento van livianas,
y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso... de cieno fábulas impuras!
paso dejad al noble pensamiento,
que anhela respirar áuras mas puras
en el cóncavo azul del firmamento.

¡Piensas, turba de sueños impostora,
hacerle por el miedo tu vasallo,
como al son de la fusta cimbradora
guinete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones;
si el corazón cobarde os dió aposento,
hoy necesita, imbéciles visiones,
todo mi corazón, mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella
turbar el corazón que en paz reposa,
mas de la noche en el poder se estrella
vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso!—mis ojos en su azul tendidos
la paz que le robais otra vez hallan,
y en los misterios de la fè perdidos
vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impia
á la influencia celestial acudo,
y de la noche silenciosa, umbría
la solitaria inmensidad saludo.

I.

¡Salve, tienda magnífica, colgada
de polo á polo sobre el aire mauso
del caduco universo, destinada
á proteger el funeral descanso!
¡Salve, á quien mora en la escondida altura
detrás de esa estrellada colgadura!
¡Salve, á quien vela el agitado sueño
de esos gusanos que á sus pies tendidos
manchan con sus alientos corrompidos
la orla imperial del manto de su dueño!

II.

Si, que á mis ojos se resiste en vano
de la insondable eternidad el velo,
y yo veo, Señor, tu inmensa mano
tras el azul del transparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
infinito el avismo de tu ciencia,
infinito tu ser, y tú infinito;
no hay mas que tú, y tu soplo poderoso
que anima el mundo, presta generoso
vida á la alma virtud, vida al delito.

III.

Que tú amasando el polvo de la nada,
con tu suprema voluntad un día
diste al hombre esta espléndida morada,
igual para el que fue y el que sería.
«¿Quieres vivir?—Tu aliento es el espacio.
«¿Quieres tener?—El orbe es tu palacio.
«¿Quieres mandar?—Al señalarlo nombre,
«puedes gozarlo ó invadirlo todo;
«Yo que á mi gloria te saqué del lodo,
«fé y libertad te doy»,—dijiste al hombre.

IV.

Y el hombre fue; y el hombre envanecido,
olvidando al Señor que le formara,
no partió por igual lo recibido
se armó insolente, y le volvió la cara.
Oídos dando al corazón villano
el hermano lidió con el hermano,
el hijo con el padre en torpe guerra
el alma en las entrañas se buscaron,
y uno de otro en la sangre se bañaron
por, un pie mas de la heredada tierra.

V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
ingrata viendo á tu mejor hechura,
sobre el mundo tendistes ofendido
la densa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante
empuñaste las bridas de diamante,
tus caballos de fuego se lanzaron
por el espacio, y caminando á oscuras
al choque de sus recias herraduras
miles de estrellas en su azul brotaron.

VI.

Al ceño de tu cólera divina
los mundos con pavor se estremecieron,
confundiéndose su esencia peregrina,
y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad: sorbió el nublado
las ondas de la mar, y desbocado,
en hombros cabalgando de las nieblas,
su pedrisco do quier vertió sin tino,
y borrando los lindes del camino
tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII.

«¿Quien osará, Señor, en la memoria
la idea renovar de tu honda ira?
el mundo sabe la tremenda historia,
y aun al mentarla de temor suspira.
La obra de su poder atropellando
seguías tú la creacion cruzando
sin término ni objeto, ni vereda,
y tus ojos, Señor, relampagueaban,
y las nubes errantes rehentaban
de tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII.

Todo cayó á tus pies; todo en pedazos
á tornar se aprestó á su antigua nada;
pero su polvo tropezó en tus brazos,
y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
y al ver que de tus ojos las centellas
lo iban todo á incendiar, compadecido
la noche hiciste que tendió en el cielo
su pabellon azul de terciopelo,
que en medio del cenit quedó prendido.

IX.

Tras él está velando tu pupila,
mansa tras él la creacion pascua,
y el universo de terror vacila
á su gran resplandor, si pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
el Oriente y ocaso se arrebolan
con sus puros y esplendidos colores,
y á su dulce calor se alza indecisa
la perfumada y soñolienta brisa
que susurra en la yerba y en las flores.

X.

«Salve otra vez, magnífica cortina,
que ante los ojos de tu Dios colgada,
la lumbre de sus ojos te ilumina
sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
que es tu manto de rica argentería,
prenda de que nacimos sus vasallos
que al salpicarte Dios con tus estrellas,
nuestro orgullo alumbró con las centellas
que brotan de los pies de sus caballos.

Madrid, noviembre de 1839.

JOSE DE ZORRILLA.

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripción en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias franca de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administración del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID: MIPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

